

# CIBERFEMINISMO Y EDUCACIÓN. UN DEBATE TEÓRICO

José-Luis Anta Félez  
Matilde Peinado Rodríguez  
(universidad de Jaén)

## Resumen:

La cultura occidental se ha construido sobre dualismos referenciales: yo/otro, mente/cuerpo, cultura/naturaleza, hombre/mujer, civilizado/primitivo, realidad/apariencia, todo/parte, agente/ recurso, constructor/construido, activo/pasivo, bien/mal, verdad/ilusión, total/parcial. Así nace el *cyborg*, mitad máquina, mitad humano, como paradigma de la lucha contra la informática de la dominación: El *cyborg* es una criatura en un mundo postgenérico: máquina/ordenador/red y mujer comparten similitudes miméticas en cuanto a flexibilidad, fluidez y plenipotencialidad, lo que hace que surja una alianza entre máquinas y mujeres. Hombre y mujer, macho y hembra, masculino y femenino. La tecnología cyborg rompe cualquier tipo de dualismo perfecto en los que se ha basado la cultura occidental, porque el género cyborg diluye el sexo en la complejidad fluida de las redes y deja de ser la identidad de referencia, la explicación totalitaria de la vida. Dona Haraway pide la construcción de un ciberfeminismo socialista, que recupere el cuerpo de la mujer para la mujer, un cuerpo que, entroncando con la dialéctica feminista tradicional y contemporánea, ha sido poseído de múltiples formas y definido por la cultura del patriarcado. Comprender y analizar críticamente el ciberfeminismo nos proporciona un corpus teórico desde el que reflexionar en torno a los cambios y continuidades de los discursos articulados en torno a la idea de representación femenina y su capacidad para generar un debate sugerente, multifuncional y didácticamente coherente en materia educativa.

## I.

La carrera competencial en que nos ha sumido la legislación educativa vigente en nuestro país, aún siempre a remolque de las conquistas sociales, ha concedido un significativo protagonismo al mundo digital, y, a través del mismo, a la posibilidad de pensar el currículum académico en clave de futuro, una perspectiva que, aún siendo determinante en la formación integral del alumnado, carecía de espacio en unos contenidos tradicionalmente pensados y secuenciados desde el pasado y el presente más inmediato. Acercar la academia a la vida, la escuela, la sociedad, es sin lugar a duda uno de los retos determinantes para que se produzca la verdadera revolución que requiere nuestro vilipendiado, menospreciado y a todas luces mejorable sistema educativo.

La competencia denominada “tratamiento de la información y competencia digital” defiende la necesidad de dotar al alumnado de habilidades para buscar, procesar y obtener información que posibilite, a través de un proceso madurativo y crítico, en combinación con la adquisición de otras competencias, fundamentalmente la de autonomía e iniciativa personal y la de aprender a aprender, transformar dicha información en conocimiento. La comunicación a través de la red podría entenderse, atendiendo a esta concepción benévola y paternalista, políticamente útil (y, consecuentemente, potencialmente peligrosa), como un elemento esencial e insustituible para informar, aprender y comunicarse.

Esta perspectiva nos da licencia para entablar un diálogo entre las propuestas educativas y el ciberfeminismo, la posibilidad de participar en comunidades de aprendizaje, entornos colaborativos que hagan posible resolver problemas reales, tomar decisiones, implicarnos responsable y cívicamente en la construcción/¿deconstrucción? de un mundo mínimamente habitable. El ciberfeminismo emergió en torno a 1995 como una comunidad constituida por multitud de redes de mujeres, a través de Internet, para intercambiar ideas, hacer propuestas de debate, lanzar campañas, etc. Las ciberfeministas estaban convencidas de que la globalidad de la comunicación podía garantizar la presencia, la influencia y el poder de las mujeres, y minimizar al mismo



tiempo las nefastas consecuencias del machismo patriarcal<sup>1</sup>. Los logros del ciberfeminismo en contextos como la Guerra de Yugoslavia o la implicación de la ciudadanía en campañas a favor de determinadas causas, una herramienta de combate cotidiana de organizaciones como Amnistía Internacional, podrían llevarnos al acierto o equívoco de presuponer la mayoría de edad, la madurez, la presunción de inocencia del usuario que navega por la red, yendo a contracorriente de la tónica legislativa de muchos estados democráticos que, sacrificando las libertades individuales en defensa de los intereses sociales presuponen la incapacidad del individuo para preservar su salud, la incapacidad familiar para alimentar saludablemente a los hijos, la incapacidad colectiva para afrontar el conflicto en clave positiva, la incapacidad, en definitiva, para hacer uso, sin derivar en abuso, de nuestra libertad.

No sabemos exactamente cuánto tiene de realidad social lo que se puede ver en la red, incluso lo que tiene escondido, porque en ella, efectivamente, participan colectivos sociales, pero fundamentalmente una pluralidad de mundos, de individualidades, donde la proyección de lo social tiende a ser más un algo que muestra nuestros anhelos y esperanzas, fantasmas y pesadillas, que representaciones de los hechos. En este sentido comparte con el arte, la literatura y el cine mucho de sus elementos clave, sus principales referentes, pero también, al ser algo que no está restringido a un solo código, tiende a superar las categorías analíticas que nos eran válidas para entender los mundos de la representación social. A ello hemos de sumar que el acceso a gran parte de los contenidos es abierto y universal, aunque habría que matizar mucho estos conceptos, y que su verdadera resonancia viene de la mano de un capitalismo globalizado y consumidor: el Estado trata de objetivarse y fundamentarse en el concepto de ciudadanía que impregna la totalidad de currículum académico recurriendo a un espacio donde efectivamente circulan propuestas ciudadanas que rayan en el dogmatismo pero también un abismo de singularidades a extramuros de lo políticamente correcto, del poder establecido, de lo socialmente “tolerable” si realmente existiera una ética de mínimos universalmente aceptada para ello.

Para los antropólogos, sociólogos y educadores que piensan la red ésta no deja de ser un misterio, cuando no el proceso que crea que alguien se ponga delante de una máquina que clona elementos como si de un proceso de realidad se tratara. En efecto, tiene algo de mágico. Incluso, podemos decir, que en su sentido más clásico. Pero también, nos avisan, establece un cambio en el comportamiento. En cualquier caso, entender el mundo de la red no puede ser fácil, porque se mueve en múltiples planos a una misma vez, en un claro devenir rizomático que tiende a ser un tanto esquizoide: vive en función de un mundo propio y particular, un lenguaje de programación que le es fundamentalmente ajeno a la inmensa parte de los que lo usan, haciendo de la supervivencia en el medio gracias a un ejercicio autodidacta un mal menor consensuado que tampoco trata de corregir la legislación educativa, cuyas propuestas no van más allá de lenguajes específicos básicos y pautas de decodificación y transferencia.

Tanto el ciberfeminismo como los postulados educadores están anclados en su propia realidad, y ambos mundos tratan de utilizar la red para transformarlo de manera plástica, irónica y fundamentalmente política; no es algo que se pueda hacer con facilidad, seguramente, pues la red en su conformación de generalidad y vivencia individual tiene

---

<sup>1</sup> Los contactos a través de la red comenzaron de manera sistemática durante la guerra de la antigua Yugoslavia y son considerados una muestra extrema de sororidad: mujeres de uno y otro bando se avisaban unas a otras de los movimientos de las milicias masculinas, que se proponían la violación sistemática de las mujeres de los enemigos, evitando más de una violación masiva de mujeres. Por fin las mujeres eran individuos libres, iguales, con su propio criterio y posicionamiento ante la guerra: la solidaridad.

elementos que necesitan pensarse de manera microscópica, y en la red todo se mueve a velocidades que superan con mucho la vida sentimental y de asimilación de los individuos, hasta el punto de que el nacimiento y muerte de los movimientos de la red se produce en el mismo momento y sólo la creación y, consiguientemente, destrucción es el acto vivencial por antonomasia de la red. En una palabra, la red es consumo en estado puro, incluso de las ideas que intentan transformar la realidad que va más allá de las propias máquinas. Las palabras y las imágenes, en este sentido, sólo tienen razón en el acto del consumo, el cual se convierte en una acción y a la vez en un contexto: una suerte de actitud ante el mundo.

Las ciberfeministas buscaron un nuevo camino a un feminismo que parecía estancado y que en la red se había convertido en planteamiento tiranizado por la lógica de la dominación masculina de la tecnología, dando lugar a un recrudescimiento de las posiciones masculinas más clásicas, basadas en el dominio de las palabras de las mujeres y, sobre todo, de sus cuerpos, dejándolas un espacio de feminidad que políticamente (así como en lo social y lo económico) las relegaba a un plano tradicional de marginalidad. Este colectivo considera, por tanto, que es imprescindible reorientar este nuevo espacio de comunicación vertiginosa, y por tanto de poder, que ha nacido deforme, en tanto que reflejo de un mal endémico de la sociedad, el patriarcado.

El ciberfeminismo suele englobarse dentro de los denominados como “feminismos de nuevo cuño” donde también encontramos el denominado como “feminismo de la igualdad” que es, a nuestro entender, el que domina ideológicamente en los actuales postulados educativos, gestado en gran parte en la obra publicada por Celia Amorós “*La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias*” (2006), que aboga por abordar en el aula los temas de desigualdad enquistados y “normalizados” por la práctica, educar en la igualdad de trato, oportunidades y condiciones así como en el concepto de familia democrática para desterrar las desigualdades que se producen y reproducen en los hogares<sup>2</sup>. La corriente del “feminismo de la diferencia”<sup>3</sup> ha acusado al primero de colaboracionista con el patriarcado, porque pretende transformarlo desde dentro, y de mostrarse optimista respecto a las negociaciones con los varones del poder.

Cuestiona, en definitiva, que se pueda producir un verdadero cambio sin romper con la “genérica del poder”, siendo quizás en este concepto, el poder masculino, y su manifestación en la red, donde confluyen feminismo de la diferencia y ciberfeminismo frente a una ideología educativa que se enfrenta al uso de la red amparada en el apremio de la practicidad más absoluta, generando nuevas formas de alienación, aunque democrática, de instrucción, aunque pedagógica, de transmisión de premisas y promesas igualitarias, pero desde la asunción e identificación de los modelos tradicionalmente masculinos<sup>4</sup>.

También en el seno del “feminismo de la igualdad” podemos situar a Marina Subirats, que en los años 80 acuñó el concepto coeducación, para referirse a una educación mixta que tratara por igual a chicos y a chicas, reconociendo la diversidad y eliminando el androcentrismo. Han pasado treinta años y en lugar de hablar de concepto sería más correcto hablar de un proceso, en tanto que reflexiona en torno a los estereotipos del género tradicional, los prejuicios y los roles de género que se transmiten

---

<sup>2</sup> Shulamith Firestone en su obra “La dialéctica de la sexualidad” (1970) afirmó que todas las relaciones de dominación tenían su origen en el desigual poder entre los sexos en la organización familiar, desarrollando el slogan del 68 “lo personal es lo político”.

<sup>3</sup> Conocido también como feminismo cultural, tiene como referencia emblemática la Librería de Mujeres de Milán y el manifiesto “El patriarcado ha muerto”.

<sup>4</sup> Como afirma Pilar Ballarín (2006:8) la escuela que han conquistado las niñas no les la suya, sino la escuela de los varones en la que se les acoge a costa de obviar las diferencias, es la escuela que legitima los valores masculinos como hegemónicos y aspirables a ambos sexos.

a través de la escuela y que contribuyen a perpetuar las desigualdades entre hombres y mujeres, habla por tanto de presente y de futuro, y además la coeducación ha dejado de ser patrimonio en exclusiva, si alguna vez lo fue, del feminismo de la igualdad, para erigirse en un planteamiento de la educación no sexista que es patrimonio de la totalidad de los feminismos.

Algunos de ellos, como el feminismo de la diferencia, se han posicionado en torno a las pautas y postulados ideológicos que deben regir el camino hacia una escuela coeducativa, como la diversidad del sujeto mujer, la genealogía femenina (ginología)<sup>5</sup> y el aprendizaje en relación, el ginocentrismo como base de investigación o la importancia de recuperar los saberes y la tradicional cultura femenina, que Giulia Adinolfi denominó como “subcultura femenina” para integrar dichos conocimientos al currículum escolar, unificado bajo el modelo masculino.

Sin embargo, la propuesta más radical en materia educativa podría derivar de la reflexión en torno a la deconstrucción del género: romper con el *devenir* mujer para convertirlo en un *deseo* de ser máquinas: *cyborgs*, con la intención de querer, de poder, llegar a ver una etnografía hecha por las máquinas, no por un anhelo de objetividad, sino por sabernos que estamos compartiendo un futuro diferente. Para reconducir nuestro discurso y establecer un diálogo medianamente coherente entre ciberfeminismo y educación haremos un breve repaso histórico desde su comienzo, lo que nos ayudará a entender las dos ramas de actuación claramente diferenciadas en que ha derivado. El término ciberfeminismo flota en el ciberespacio sin llegar a materializarse en una definición unívoca, a modo de espíritu en busca de cuerpo que lo sustente, o quizá la ausencia de definición le confiere el carácter de cuerpo; un cuerpo en sí polimórfico. Este hecho indefinido del término parece convenir a ciertas ciberfeministas, al tener una cierta impronta anti-jerarquía atractiva y ofrecer una táctica de anti-identidad, que le da libertad para adoptar cualquier faceta. Pero es precisamente esa ausencia de definición lo que hace que puede jugar en su contra e ir a favor de todo aquello que el ciberfeminismo condena. En este sentido, Faith Wilding apremia por definir claramente los objetivos del ciberfeminismo para poder llegar a ser eficaces en su lucha (Wilding, 1998).

La corriente ciberfeminista surge de manera espontánea a principio de la década de los años 90 a raíz de un documento elaborado por Donna Haraway (Estados Unidos), denominado *A Cyborg Manifesto: Science, Technology and Socialist-Feminism in the Late Twenty Century*, referenciado de forma sintética como “*Manifiesto Cyborg*”, que fue curiosamente glosado por el grupo VNS Matrix (Australia), en la forma que luego veremos, dando origen al primer manifiesto ciberfeminista. Posteriormente, en 1996, Sadie Plant publica el libro *Zeros + Ones. Digital Women + The New Technoculture*, donde muestra la alianza y complicidad histórica entre mujer y tecnología. En septiembre de 1997 se celebró el Primer Encuentro Internacional Ciberfeminista, dentro de la Documenta X, un congreso internacional de arte contemporáneo, realizado en Kassel (Alemania); en marzo de 1999 tuvo lugar el segundo congreso ciberfeminista, en Rotterdam (Holanda) y el tercero, y último hasta la fecha, en diciembre de 2001 en Hamburgo (Alemania).

El Manifiesto *Cyborg* de Haraway es una búsqueda de un nuevo feminismo socialista capaz de luchar contra lo que denomina la informática de la dominación, un nuevo espacio creado por la tecnología, ambivalente, fluido y contradictorio, donde se pierde la referencia, el topos, la identidad. La llamada “informática de dominación (masculina)” no afecta por igual a todos y a las mujeres, como parte de los grupos

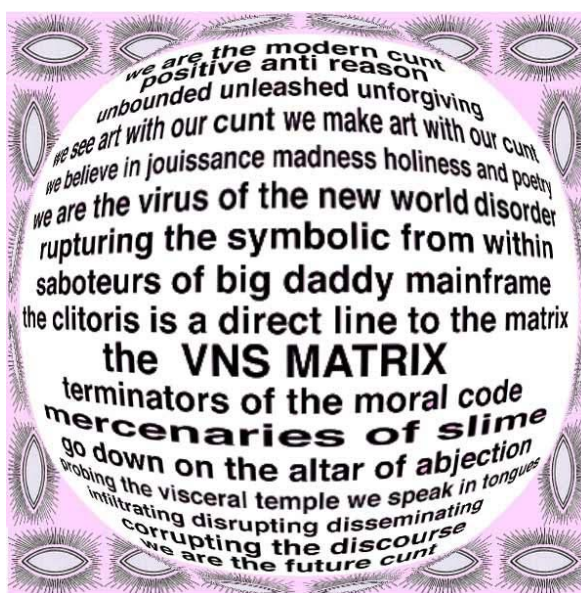
---

<sup>5</sup> Precisamente en torno a esta cuestión versó la conferencia celebrada el 15 de Abril de 2010 en la Universidad de Jaén, a cargo de Nieves Blanco, con el título “Coeducación y genealogía femenina”.

desprotegidos, que es su principal dominio. Y si la cultura occidental se ha construido sobre dualismos referenciales: yo/otro, mente/cuerpo, cultura/naturaleza, hombre/mujer, civilizado/primitivo, realidad/apariencia, todo/parte, agente/recurso, constructor/construido, activo/pasivo, bien/mal, verdad/ilusión, total/parcial. Dios/hombre, etc., las nuevas tecnologías tienden a romper dichos dualismos: ya no se distingue lo natural de lo artificial, la mente del cuerpo o la naturaleza de lo cibernético: lo que importa es el cuerpo cambiante, alejado de los esencialismos.

El cuerpo pierde sus límites, se difuminan en un maridaje tecno-biológico. Así nace el *cyborg*, mitad máquina, mitad humano, como paradigma de la lucha contra la informática de la dominación: el *cyborg* es una criatura en un mundo postgenérico. En particular, el *cyborg* acaba con la supuesta naturaleza femenina, unificadora de identidades y dictadora de biografías. El sexo deja de ser el tirano del cuerpo: “Los *cyborgs* pueden considerar más seriamente el aspecto parcial, fluido del sexo y de la encarnación sexual. El género<sup>6</sup>, después de todo, podría no ser la identidad global, incluso si tiene anchura y calado histórico” (Haraway, 1991: 180). Las tecnologías han creado una informática de la dominación y, a la vez, han creado los *cyborg*. Según Haraway, debemos alejarnos de toda tecnofobia y aceptar la unión cuerpo-máquina como una extensión del cuerpo, de nuestras vidas y de nuestra intimidad. El ciberfeminismo piensa que sólo así podremos desterrar la sumisión dominativa de la informática.

En el verano de 1991, el mismo año de publicación del Manifiesto *Cyborg* de Haraway, cuatro artistas australianas crean el *Cyberfeminist Manifesto for the 21st Century*. El grupo VNS Matrix, (VeNuS Matrix), formado por Josephine Starrs, Julianne Pierce, Francesca Da Rimini y Virginia Barrat, tiene su origen en Adelaide (Australia), resultando ser el complemento guerrero y subversivo radical a los planteamientos teóricos de Haraway. VNS Matrix instaura estrategias de lucha feministas tales como “la ironía y la inversión de estereotipos culturales, como método para abordar algunas de las problemáticas esenciales en torno a la relación entre mujer y tecnología: acceso, educación, trabajo, imagen de las chicas/niñas/mujeres en la cultura y los videojuegos populares, etc.” (Galloway, 1996). Nacen, por lo tanto, como “el virus” ciberfeminista que contagiará el sistema antropocéntrico tecnológico.



<sup>6</sup> Simone de Beauvoir en su obra “El segundo sexo” descubrió por primera vez el concepto de sexo y género, por separado, con su famosa frase “no se nace mujer, se llega a serlo”.

Figura 1: Manifiesto Ciberfemista para el Siglo XXI de VNS Matrix (Da Rimini, 1991)<sup>7</sup>.

La inclusión gráfica del manifiesto ciberfeminista resalta su carácter artístico, que juega con la doble idea de representación e impresión, un juego de iconos ideológicos, de ambigüedades que abren paso a miradas más belicosas, revolucionarias y alternativas. No sólo es un manifiesto, en el sentido de un texto escrito, con una lógica y una intencionalidad, sino que, además, está diseñado para transmitir más de lo que transmite el texto, y para resaltar cierto contenido del mismo. Es un mensaje textual y, a la vez, visual. Tal hecho provoca una corriente de actuación del ciberfeminismo que centra su actividad en la edición artística, que posteriormente, en 1996, da lugar a que el grupo VNS MATRIX realizara el *Bitch Mutant Manifesto*, como continuación de un lenguaje artístico provocador y reivindicativo, que basa su acción en la corrosión de pensamiento. En el nuevo manifiesto ya se apuntan los fundamentos teóricos del ciberfeminismo, tales como identidad fluida y ausencia de género, envueltos en un lenguaje barroco postmodernista y tecnológico: “Applets primorosos engalanan mi garganta. Soy una cadena binaria. Soy puro artificio. Lee mi memoria de sólo lectura. Cárgame en tu imaginación pornográfica. Escríbeme. La identidad se descomprime polimorfa y se infiltra en el sistema desde la raíz.”; «...pero en el ciberespacio no hay fronteras /PERO EN EL ESPIRALESPACIO NO HAY ELLOS /sólo hay \*nosotros\*...»”, y salpicado con píldoras provocativas: “CHÚPAME EL CÓDIGO” (Da Rimini, 1996).

Por su parte, Sadie Plant, en su libro *“Ceros + Unos. Mujeres digitales + la nueva Tecnocultura”*, ahonda en un pasado de la tecnología que es femenino, pero no feminista. Máquina/ordenador/red y mujer comparten similitudes miméticas en cuanto a flexibilidad, fluidez y plenipotencialidad, lo que hace que surja una alianza entre máquinas y mujeres. Plant actualiza la figura olvidada de Ada Lovelace, creadora, con unas notas al margen en una biografía traducida por ella, de la “Máquina Analítica”, precursora, a su vez, de los ordenadores actuales. Ada Lovelace llevó una vida secundaria, oculta, siempre referenciada a otros (a su padre Lord Byron y a Charles Babbage) y que fue la creadora de la Máquina de Diferencias y posteriormente de la Máquina Analítica. Viviendo bajo la sombra/acusación de histérica (de matriz movida), le administraban láudano como solución a sus supuestos males, por otra parte, tuvo que renunciar a su visión tecnológica para casarse supuestamente por amor con un hombre al que describió como “mi mascota preferida” y por el cual no sentía ninguna inclinación; por otro lado, tampoco tuvo hijos con los que sentir el supuesto instinto maternal (Plant, 1997: 34).

Plant, tomando como referencia a Ada, denuncia el papel secundario que siempre ha tenido la mujer en la tecnología: a la sombra de grandes investigadores: “él organizaba, ella operaba, él mandaba, ella servía, él hacía grandes descubrimientos, ella se ocupaba de las notas al pie de página. [...] Ella hacía los trabajos que él consideraba mundanos” (Plant, 1997: 41), o como usuaria de la misma, o como telefonista, o como mecanógrafa, o como secretaria. Relaciona los géneros masculino/femenino con los 1 y 0 informáticos, dentro de los dualismos perfectos que han representado la cultura

---

<sup>7</sup> Somos el coño moderno/ anti razonamiento positivo/ sin límites sueltos sin perdón/ vemos el arte con nuestro coño hacemos arte con nuestro coño/ creemos en feliz locura santidad y poesía/ somos el virus del nuevo desorden mundial/ reventando lo simbólico desde dentro/ saboteadoras de gran papá unidad central de computadora/ el clítoris es una línea directa a la matriz/ la VNS MATRIX/ terminators del código moral/ mercenarias de la suciedad/ chupando el altar de la abyección/ investigando el templo visceral que hablamos con la lengua/ infiltrando perturbando diseminando/ corrompiendo el discurso/ somos el coño del futuro

occidental hasta la fecha: “Los ceros y los unos del código máquina parecen proponerse como símbolos perfectos de los órdenes de la realidad occidental, las antiguas categorías lógicas que establecían las diferencia entre apagado y encendido, derecha e izquierda [...] mente y cuerpo [...]. Y cuando llegan al sexo, forman una linda pareja. Hombre y mujer, macho y hembra, masculino y femenino. Uno y cero parecían correctos, hechos el uno para el otro: 1, la línea definida y vertical, y 0, el diagrama de nada en absoluto; pene y vagina” (Plant, 1997: 40). Sin embargo, esta estructura perfecta se quiebra con la llegada de la red, de Internet. Se pierde el centro de referencia, el orden establecido, la jerarquía; no hay dualismos, norte y sur, arriba y abajo; todo es relacional, en un mismo plano o en infinitos. La red guarda una cierta relación con los telares antiguos, donde las mujeres manejaban la lanzadera tejiendo la red a su deseo. Existe una simpatía entre máquina y mujer por la capacidad que tienen ambas de ser cualquier cosa, de ser según lo que hacen (algo parecido a lo que ocurre con un telar tradicional).

Esta simpatía que alcanza su máximo exponente en la máquina de Turing de principios del siglo XX, creada para demostrar la integridad, consistencia y resolubilidad de las matemáticas según los problemas planteados por Hilbert, demostrando que las matemáticas son capaces de resolver cualquier problema. La máquina de Turing es una especie de máquina universal, que funciona como otra máquina según el código que tenga. La máquina de Turing echó por tierra la trascendencia de las matemáticas, dejando claro que habría problemas irresolubles con independencia del avance tecnológico: se perdía un nuevo punto de apoyo y Plant sitúa una similitud perversa entre la máquina de Turing, plenipotencial, y la mujer. El mismo libro de Plant es una red, un conjunto de enlaces que van y vienen, tejiendo una historia sobre la tecnología y la mujer, sobre su histórica relación, sus hitos relevantes en el siglo XX protagonizados por mujeres, sobre el futuro *cyborg*, la ausencia de sexos o la multiplicidad de los mismos, sobre la pérdida definitiva de los dualismos con la lógica cuántica, donde se es y no se es a la vez; resultando un tapiz que resalta la alianza escondida que ha existido siempre entre máquina y mujer y la sitúa como fundamento para sinergias futuras feministas.

## II.

La ausencia de definición (o, en su defecto, el hacerlo vía antítesis, OBN, 1997) es explotada por algunas ciberfeministas como ejemplo de la fluidez que caracteriza su movimiento, de su capacidad para adaptarse y serlo todo, sin llegar a ser completo, y de su rebeldía a ser encasilladas, homogeneizadas. Tal y como indica RosieX en la revista ciberfeminista *on-line* *GeekGirl*: “incluso la idea de un «movimiento en sí» está basado en un viejo estilo feminista retórico que tiende a homogeneizar a todas las mujeres en el mismo quieres/necesitas/deseas” (Kuni, 1998). Sin embargo, otras ciberfeministas abogan por una definición clara del término que ayude a una lucha eficaz, para que deje de ser una “decepción” y aporte una “línea política viable” y no “sólo un espíritu sindicalista” (Galloway, 1996). De manera genérica, Susan Hawthorne y Renate Klein proponen resaltar las diferencias entre géneros que existen en las nuevas tecnologías, dirigiendo el ciberfeminismo a su eliminación: “Ciberfeminismo es una filosofía que reconoce, en primer lugar, que hay diferencias en energía entre las mujeres y los hombres, específicamente en el discurso digital; y en segundo lugar, ese ciberfeminismo desea cambiar esa situación” (Hawthorne; Klein, 1999: 2). Esas mismas diferencias que provocan las nuevas tecnologías están encaminadas a ayudar a la mujer, en virtud del carácter femenino que tiene la tecnología, y gracias a la “alianza” entre las máquinas y las mujeres: “el ciberfeminismo para mí implica que se está desarrollando una alianza

entre mujeres, máquinas y la nueva tecnología que las mujeres están usando” (Galloway, 1996).

Rosi Braidotti especifica con algo más de detalle, y en un estilo particularmente reivindicativo y guerrero, contra qué tiene que luchar esa alianza entre tecnología y mujeres: “La estrategia más efectiva para las mujeres sigue siendo utilizar la tecnología para liberar nuestra imaginación colectiva del falo y sus valores accesorios, como son el dinero, la exclusión y la dominación, el nacionalismo, la feminidad y la violencia sistematizada” (Braidotti, 1996). En efecto, la idea ciberfeminista de Braidotti se encamina hacia la “imaginación”, la cual se debe “liberar” hacia el simbolismo, hacia la creatividad y el arte, fundamentos de su feminismo “diferente”.

En esta misma línea, Faith Wilding amplía el espectro del ciberfeminismo. Partiendo de que hay varios a la vez, no lo reduce al arte, ni tampoco lo enmarca sólo a lo que parecería que fuera su ámbito natural: el ciberespacio –que es sólo una pequeña parte–, ya que lo verdaderamente importante son los dominios donde se crean las nuevas tecnologías, lo que ella denomina la “*cyber-life*”. Espacios e instituciones que está poblados y dominados por hombres y por mentalidades masculinas, en los cuales resulta difícil que entre la mujer o, mejor dicho, el feminismo. Porque, como ella indica, “los elementos de estratificación social pancapitalista están reflejados y reproducidos en el ciberespacio” (Wilding; CAE, 1998). Es decir, el ciberespacio no está libre de contaminación, no es un espacio neutro, porque sobre él actúan otros dominios, que son los ocupados por los hombres. Por ello se esfuerza en ampliar al máximo el horizonte del ciberfeminismo: “el territorio del ciberfeminismo es amplio. Incluye el espacio objetivo del ciberespacio, instituciones de diseño industrial e instituciones de educación –territorios en los que el proceso tecnológico es clasificado generizadamente de una forma que excluye a la mujer el acceso a los puntos de poder de la tecnocultura” (Wilding; CAE, 1998). Finalmente cabe una definición, un deseo en el sentido de Deleuze, de unir tanto la acción política que plantea Wilding, como la más artística de Braidotti. En este sentido, Verena Kuni aboga por pensar y definir una acción que conjugue teoría y estética ciberfeminista, si bien ella lo reduce al ámbito de Internet, por las posibilidades visuales y de representación que tiene dicho medio. Kuni critica seriamente el estilo anticuado que manifiestan muchas páginas feministas de Internet: páginas con fondos rosas, o floreados y con nombres grandilocuentes, históricos o mitológicos, relacionados con entidades, mitos o reinas famosas. Antes bien, aboga, en el mismo estilo que Braidotti, por la ironía, la simulación y la parodia como nuevas formas de representación ciberfeministas: “Me gustaría definir la práctica del ciberfeminismo tanto como una estrategia política como estética; y me gustaría añadir: una estrategia que trabaje concienzudamente con los medios de replicación y simulación, más que referirse a las tradicionales estrategias de representación” (Kuni, 1998).

El “Manifiesto *Cyborg*” de Donna Haraway imagina una ficción que defiende como real, dado que las fronteras entre la ciencia ficción y las representaciones de la realidad social son una ilusión óptica. Defiende una ficción blasfémica del *Cyborg*, como revulsivo a la conciencia acomodada occidental, a la tradición secular religiosa, al feminismo socialista y al marxismo, así como una prolongación necesaria del postmodernismo. Un *cyborg* es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción, es el nuevo eje central de un mundo que ya no depende del género, que no tiene un origen, en el sentido típico occidental de unidad de la cual se dividen el resto de seres, y que, quizá, tampoco tenga fin. El mundo *cyborg* nace como consecuencia de tres tendencias dentro de la investigación científica de fin de siglo XX: la frontera entre lo humano y lo animal



tiende a difuminarse, los últimos avances en biología y teoría evolucionista han adelgazado la línea que separa a los humanos de los animales, volviendo, o intentando volver, a la unidad de naturaleza-cultura y cuya ruptura es un signo más del dominio antropocéntrico. De igual forma, la frontera entre organismos (animales o humanos) y máquinas, entre lo natural y lo artificial, es también estrecha, haciendo que lo artificial ya sea autónomo, que puede decidir por sí mismo, en definitiva, con el sueño reproductivo del hombre occidental blanco que ya no puede controlar. Y, por último, y como consecuencia de lo anterior, los límites entre lo físico y lo no material se hacen imprecisos, la máquina moderna es microelectrónica, es decir, pequeña, casi invisible y por ello ubicua, está hecha de “rayos de sol” (son éter, quintaesencia), al límite, no son más que un fragmento de espectro electromagnético. Este cuadro dibuja un futuro, que para unos es un combate contra aquellos que hoy están seguros en la dominación, en la relativización y apropiación masculinista de cuerpos y sexos, y para otros (los dominados) representa un futuro abierto a múltiples posibilidades.

Desde un punto de vista teórico, Donna Haraway busca una epistemología y una política encaminadas a la unidad, sin ser totalista, y al margen de una supuesta naturaleza femenina. Rompe con el feminismo existencialista y parte de las corrientes ideológicas de los 70, para lo cual afirma que no existe nada en el hecho de ser “mujer” que una de manera natural a las mujeres, tan solo afinidades políticas basadas en lo que denomina “conciencias opositivas”. Además, la nueva teoría debe buscar una “unidad política para afrontar con eficacia las dominaciones de «raza», «género», «sexualidad» y «clase»” (Haraway, 1991: 157), pero que a la vez no sea totalizadora, que permita las diferencias, las contradicciones y que sea fiel al feminismo socialista. Bajo la perspectiva de Haraway, el feminismo socialista y el feminismo radical han fallado en tal intento. El feminismo socialista alcanza la unidad, no de forma natural, sino en las relaciones de trabajo y sociales. El feminismo radical se basa en una esencialización de la mujer basada en el deseo sexual del hombre, de tal forma que su origen se encuentra en el deseo “del otro”. Su existencia es una no-existencia, al tener su esencia en un deseo ajeno. Reducir a la mujer al puro deseo sexual del hombre borra toda diferencia, lo que la convierte en totalista. La solución a su sistema epistemológico la encuentra en el *cyborg*: “las feministas del *cyborg* tienen que decir que 'nosotras' no queremos más matriz natural de unidad y que ninguna construcción es total” (Haraway, 1991: 157). Para construir tal teoría, Haraway dibuja un cuadro dicotómico donde muestra la evolución sufrida desde paradigmas de una sociedad orgánica e industrial hacia otra reajustada por la ciencia y la tecnología. Así, hemos pasado de unas “dominaciones jerárquicas”, cómodas, por conocidas, a las nuevas redes que ella denomina “informática de la dominación”:

Representación-Simulación  
 Organismo-Componente biótico  
 Fisiología-Ingeniería de las comunicaciones  
 Perfección-Optimización  
 Reproducción-Réplica exacta  
 Sexo-Ingeniería genética  
 Mente-Inteligencia artificial  
 Patriarcado capitalista blanco-Informática de la dominación

En efecto, la naturaleza ha desaparecido, lo cual encamina hacia la epistemología que Haraway busca. La ciencia y la tecnología han despojado de toda propiedad esencial a los nuevos objetos, para aplicarles propiedades “de diseño, de dificultades limítrofes, de

tasas de movimiento, de lógicas de sistema, de costo de disminución de las dificultades” (Haraway, 1991: 162). Todo se puede montar y desmontar si se dispone del protocolo adecuado, de la codificación adecuada. La naturaleza humana ha perdido tal condición y somos, o seremos, simplemente conceptos probabilísticos y, consecuentemente, la reproducción sexual es sólo una estrategia más de perpetuación, planificada. Dentro de la teoría feminista, lo que importa de la tabla anterior es que el discurso dualista tradicional de mente/cuerpo, animal/humano, organismo/máquina, público/privado, naturaleza/cultura, hombres/mujeres, primitivo/civilizado desaparece por acción de la ciencia y la tecnología: ha sido “tecnodigerido”. Es dentro de este marco y con dichos condicionantes donde se deben redefinir las políticas feministas socialistas, marco que Haraway denomina “relaciones sociales de ciencia y tecnología”, indicando que la tecnología no sigue un camino determinista, sino según unas relaciones estructuradas de la sociedad, y que además “la ciencia y la tecnología suministran fuentes frescas de poder, y, por tanto, necesitamos fuentes frescas de análisis y acción política” (Haraway, 1991: 165).

Esta nueva redefinición del feminismo, desde una posición socialista, debe partir del *cyborg*, que es una suerte de yo personal, postmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar: es el yo que las feministas deben codificar. Para ello, para la codificación de dicho “yo” (del entramado cuerpos), cuentan con las tecnologías de las comunicaciones y las biotecnologías, que reducen todo a la fluidez, a la transmisión de la información. En consecuencia, Haraway traslada la codificación a la cibernética, al control y retroalimentación de los sistemas. Dentro de la biotecnología, el problema de la codificación se traslada a la ingeniería genética: los organismos se codifican y se convierten en procesadores de información. Ambas tecnologías, base del *cyborg*, dependen de la microelectrónica, es decir, de lo invisible y de lo ubicuo, en virtud de lo cual la diferencia entre lo humano y lo cibernético, el cuerpo y la herramienta, se difumina.

### III.

Si bien las nuevas tecnologías de la comunicación y la biotecnología llevan al *cyborg*, como paradigma de la nueva codificación del cuerpo humano, son esas mismas tecnologías las que están transformando la reproducción, la sexualidad, la cultura, el consumo y la producción en lo que Haraway denomina, junto a Richard Gordon, la “economía del trabajo casero”, transformación que no afecta por igual a todos los géneros, grupos y etnias. Evidentemente, es en el ámbito doméstico donde más se han introducido las nuevas tecnologías. Desde los años 50 del siglo XX el ámbito casa se tecnificó proponiendo nuevas tareas a las mujeres que, definitivamente, por lo vulnerable de las posiciones, se han montado y desmontado según convenga como recurso ideológico o como fuerza de trabajo en reserva. Las consecuencias para la mujer de la nueva industrialización, creada por las nuevas tecnologías, hacen que sus vidas estén estructuradas en base a sus empleos, precarios y asfixiantes. Precarios, no tanto por la inestabilidad del mismo, sino por la dependencia extrema a él, debido a que puede que sea el único salario familiar. Y asfixiantes por su horario intensivo, que transforma en quimera decimonónica la jornada laboral de cuarenta horas semanales. Ello repercute en su sexualidad, en la reproducción, en la continua necesidad de negociación respecto al cuidado de hijos o padres, en la lejanía respecto a su comunidad, en la soledad y en la vulnerabilidad a envejecer.

Las nuevas tecnologías, que también influyen en el hombre, en las nuevas formas de privatización, en la sexualidad y la reproducción, lo hacen de manera desigual según el género y siempre afectando más a las mujeres. Así, la mejora de la productividad

agrícola, debido a las nuevas tecnologías, no repercute positivamente sobre la mujer, quien queda al margen de los beneficios económicos, muy al contrario, dicho incremento de productividad repercute en sus horarios de trabajo, en su vida y en sus relaciones familiares. Las nuevas tecnologías llevan a nuevas formas de privatización, de pérdida de espacios públicos para trasladarnos a lo privado, a lo individual, a la pantalla minituarizada para uso personal, al videojuego de inspiración militar y androcéntrica. Finalmente, las nuevas tecnologías renuevan y avivan la concepción del cuerpo humano como máquina cibernética de reproducción y placer. Además, reclama un nuevo marco de interpretación y visualización del cuerpo humano femenino a la luz de las nuevas tecnologías de la imagen, creando una suerte de conciencia fotográfica y dejando de lado el cuerpo como forma política y, consecuentemente, proclamando únicamente una cierta ideología de la sexualidad.

Estas máquinas afectan a las mujeres en los términos que indica Haraway, y no les son ajenas. Las mismas ciberfeministas, en mayor o menor medida, pertenecen a grupos de élite técnica o científica, incluso a grupos de poder, que desarrollan tales tecnologías y dictan su aplicación. El nuevo feminismo, según Haraway, debería dirigirse a las mujeres que ocupan las posiciones laborales privilegiadas, principalmente en la tecnología y en la producción científica. Una política que debe huir del totalitarismo, de la explicación completa, lo cual no es más que una forma de dominación y de imperialismo. El nuevo feminismo debe estar adaptado al entorno ambivalente, fluido, mixto y contradictorio de la informática de la dominación. Un entorno donde no tienen sentido las dualidades, sino las relaciones entrelazadas de las redes. Haraway describe una pintura de la mujer dentro de la informática de la dominación, destacando una serie de espacios (hogar, mercado, puesto de trabajo remunerado, estado, escuela, clínica-hospital e iglesia) donde la clave está precisamente en la ausencia de “lugar”, de un espacio de identificación de un yo unitario. Antes al contrario, lo remarcable es la ambivalencia, la multiplicidad de valores y las contradicciones: “la consecuencia es la dispersión; la tarea es sobrevivir en la diáspora” (Haraway, 1991: 170), todo ello es especialmente visible en ciertos espacios de contradicción:

- Hogar: hogares con cabezas de familia femenino; ancianas solas; trabajo casero pagado; resurgimiento de las fábricas domésticas donde se explota al obrero.
- Mercado: continuo consumo como parte de un trabajo por parte de las mujeres, a las que se les destina, para que las comprendan la profusión de nuevos productos de las nuevas tecnologías; importancia creciente de los mercados informales en el trabajo y bienes de consumo paralelos a las estructuras opulentas de los mercados de la alta tecnología; sistemas de vigilancia a través de transferencias de fondos electrónicos; sexualización intensificada del consumo abstracto y alienado.
- Puesto de trabajo remunerado: continua e intensa división sexual y racial del trabajo, pero crecimiento considerable del número de miembros en categorías de trabajo privilegiado para muchas mujeres blancas y gentes de color; puesta en marcha de modificaciones de horario laboral para facilitar la economía del trabajo casero; trabajo casero y paro; la mayoría de los empleos “marginales” o “feminizados”.
- Estado: erosión continuada del estado del bienestar; nacionalidad a través de telemáticas; aumento de la privatización de la vida y de la cultura materiales e ideológicas.
- Escuela: educación buscando la ignorancia de las masas y la represión dentro de la cultura tecnocrática y militarizada; numerosas élites de educación privilegiada en una sociedad progresivamente bimodal.

- Clínica-hospital: relaciones intensificadas entre máquina y cuerpo; aparición de enfermedades nuevas e históricamente específicas; luchas a propósito de los significados y de los medios sanitarios en ambientes saturados de productos y procesos de alta tecnología; feminización continua del trabajo sanitario.

- Iglesia: predicadores fundamentalistas electrónicos “supersalvadores” solemnizando la unión del capital electrónico con los dioses fetiches automatizados; importancia cada vez mayor de las iglesias que se oponen al estado militarizado.

- 

Ante este panorama de contradicciones, la única aseveración totalitaria que se puede entresacar es que la informática de la dominación, el modelo que actualmente impera (basado, a su vez, en la lógica de la dominación masculina), es como una intensificación masiva de la inseguridad y un empobrecimiento cultural, que afecta sobre todo a los más vulnerables y marginados. Éste es el entorno de trabajo de este nuevo feminismo, que además establece, no sólo su espacio, sino sus herramientas. De la misma forma que la informática de la dominación no establece puntos de referencia, tan sólo nodos de comunicación, de mallas relacionales, así el feminismo, de una clara orientación *socialista*, debe huir de encontrar el sueño de un lenguaje común, de una clasificación taxonómica y de una epistemología política sólida y unificadora. La solución radica en entender la sutileza de las relaciones emergentes, los hilos de seda que tejen las nuevas redes: la naturaleza cyborg, a la fusión de máquinas, animales y humanos para llegar a ser un no-Hombre y quizá entender tales relaciones.

La tecnología presenta en sí una naturaleza ambivalente: representa el discurso antropocéntrico más severo que alimenta la fuerza militar, la dominación, la destrucción, la codificación de cuerpos en forma de los otros. A la vez, el fundamento del género cyborg, parafraseando a Haraway, es llamar a una codificación de la comunicación y la inteligencia para subvertir el mando y el control. La tecnología cyborg rompe cualquier tipo de dualismo perfecto en los que se ha basado la cultura occidental. Difumina las barreras de lo humano y lo tecnológico, del cuerpo y del cerebro electrónico. Acaba con los puntos de referencia, con el yo, con la perfección epistemológica y se regocija en lo imperfecto e inacabado, en la unión ilegítima del humano-máquina, en el ruido.

Tal y como hemos visto, el origen del ciberfeminismo tiene su raíz en el mítico Manifiesto *Cyborg* de Donna Haraway, el cual fue glosado artísticamente por VNS Matrix. Este hecho ha supuesto la evolución de un ciberfeminismo que sitúa su actividad en el arte. Una parte de dicho ciberfeminismo se centra en el arte del cuerpo, y es denominado *Cyberfeminist Body Art*. Toma como referencia el Manifiesto *Cyborg* de Donna Haraway, que, como veremos, aboga por el “espéculo tecnológico adecuado que devuelva el dominio del cuerpo a la mujer” (Haraway, 1991: 169) y también las proclamas de VNS Matrix, tantas veces citadas, de “somos el coño del futuro” y “el clítoris es una línea recta hacia la matriz”. De esta forma, el *Body Art* quiere, dicen sus promotoras, exorcizar el cuerpo femenino convertido en esencia, mediante un complejo trabajo de revalorización y reconstrucción. En este sentido se enmarcan las propias obras de VNS Matrix; Eva Grubinger, con su obra interactiva *Netzbiquini*, que representa la venta de un bikini cosido con material de red, del cual se pide que se envíen fotos con él puesto (Grubinger, 1995); Nancy Paterson, con *Stock Market Skirt*, composición formada por una falda conectada a un ordenador, que sube o baja el bajo de la misma, según sube o baja la bolsa (Paterson, 1998); o la obra digital e interactiva *Cyberflesh Girlmonster*, de Linda Dement, constituida por una serie de montajes fotográficos de distintas partes del cuerpo femenino, ensamblados de tal forma que semejan creaciones monstruosas (Dement, 1995). Con todo ello, se busca recuperar el

cuerpo de la mujer para la mujer; un cuerpo que ha sido poseído de múltiples formas y definido por la cultura del patriarcado. Se pretende mostrar el cuerpo femenino, de forma radical y contestataria, alejándolo de los estereotipos pornográficos o fantasiosos antropocéntricos.

En línea similar al *Cyberfeminist Body Art*, en lo que se refiere a lucha estéticamente subversiva, ácida y provocadora, que emplea el arte en su múltiples facetas, se encuentra el llamado *Cybergrrl-ism*. En dicho movimiento se agrupan las llamadas *Webgrrrl*, *Riotgrrl*, *Guerrilla Girl*, *Bad Grrl*, *Plantegrrl*, *Geekgrrl*, etc., que transmiten la idea de que las mujeres han dejado de una vez para siempre la imagen femenina atribuida falsamente, para afirmar que las mujeres están en guerra, que no son pacifistas, sino guerrilleras, chicas disturbio (*riot*), que son chicas malas, enfadadas, tal y como indica su sufijo onomatopéyico de cólera violenta (*-grrl*), y que emplean la ironía, la parodia, para expresar sus tesis agresivas: “¡nosotras no estamos en pelotas (*naked*), esperando a tener un *chat* caliente contigo!” (Kuni, 1998). Este tipo de movimiento se ve reforzado por ciertas feministas en mayor o menor medida, y denostado por otras en la misma medida. En este sentido, Rosi Braidotti apoya con rotundidad tales movimientos y el empleo de la ironía y la parodia en su artículo *A different Cyberfeminism*. Según ella, los “espíritus creativos tienen ventaja frente a los maestros del metadiscurso” y hoy en día “la filosofía queda rezagada detrás del arte y la ficción” (Braidotti, 1996). Verena Kuni también apoya la replicación, simulación, ironía y parodia como medios de representación feminista, tal y como hemos visto. En dirección contraria se encuentran movimientos feministas como las *Old Boys Network* (OBD, promotoras del primer congreso ciberfeminista de 1997, antes comentado). Así, Faith Wilding afirma que representan una especie de “anti-teoría” y cuya actividad “no puede reemplazar el trabajo serio que es necesario para identificar y cambiar las estructuras y contenidos de género y el impacto de las nuevas tecnologías en las mujeres a escala mundial” (Wilding, 1998). Incluso Sonia Reverter-Bañón, al indicar que su “actitud estéticamente subversiva se lleva a cabo de manera tan acrítica, y con una falta tan patente de horizonte político, que a menudo está lejos de desestabilizar cualquier estereotipo” (Reverter-Bañón, 2000). En efecto, como se observa, el ciberfeminismo, a pesar de contar con poco más de una década de existencia, tiene una riqueza sustancial que permite estudios muchos más amplios.

El ciberfeminismo surgió a comienzo de la década de los noventa como un revulsivo corrosivo y atractivo que inspiró una chispa de renovación en el feminismo finisecular. Fue la nueva vía necesaria por la que seguir avanzando, encauzada en la raíz de la renovación tecnológica. Si bien Internet llevaba años de existencia, era entonces cuando comenzaba su difusión a escala global y el ciberfeminismo estaba ahí para intentar dar respuesta y cauce feminista a una criatura recién nacida. Por desgracia, aquel ímpetu juvenil se ha ido diluyendo una década después en diversos esfuerzos sin un objetivo unívoco. Seguramente tenga razón Galloway al indicar que “el ciberfeminismo, como movimiento político y vanguardista, no deja de ser una decepción. No aporta una línea política viable, sólo un espíritu sindicalista” (Galloway, 1998). Además, como señalan Hawthorne y Klein (1999), pensar que existen “diferencias en energía entre las mujeres y los hombres, específicamente en el discurso digital”. Pero Internet, el ciberespacio, es sólo una parte de dicho discurso digital. Es un fragmento de nueva tecnología que vemos diariamente y a la que de alguna manera podemos acceder, y por ello lo utilizamos como única herramienta de trabajo para nuestras luchas. De hecho, las expectativas es que sea un espacio libre de las constricciones de género, al margen del poder antropocéntrico, del ansia de dominación.

Así, pues, no podemos reducir el ciberfeminismo a Internet, como tampoco podemos reducirlo a la teoría *cyborg*. Puede decirse que las VNS Matrix hicieron un flaco favor al Manifiesto de Donna Haraway, glosándolo artísticamente con su Manifiesto Cyberfeminista, porque desviaron la atención hacia lo secundario del *Manifiesto*. Bien es verdad que Haraway se centra en su mito de *cyborg* como salvación para el nuevo ciberfeminismo socialista, pero no es menos verdad que Haraway denuncia otras muchas situaciones amenazadoras para la mujer, como hemos visto, sobre las cuales no se hace incidencia. Haraway habla de la *informática de la dominación*, de la *feminización* del trabajo, de lo vulnerable que se está volviendo la situación de la mujer en virtud de las nuevas tecnologías, de la ruptura de paradigmas dicotómicos, de la ausencia de un *topos* para la mujer dentro del circuito integrado, de cómo todo ello está afectando a su sexualidad, a su reproducción, a su vida privada y social. Haraway pide la construcción de un ciberfeminismo socialista que luche contra todo ello. Las VNS Matrix desviaron la atención hacia lo exótico, hacia el *cyborg*, consiguiendo que cuando se hable de ciberfeminismo tan sólo se citen mayoritariamente dos frases: “prefiero ser un *cyborg* a ser una diosa” y “el clítoris es una línea recta hacia la matriz”. Pero todas las denuncias de Haraway sobre cómo afectan de manera distinta las nuevas tecnologías sobre la mujer, apenas son referenciadas. Haraway propone algo más que ser un *cyborg*: es evidente que las ciberfeministas proponen una mayor y más amplia actuación política para combatir la secular cultura antropomórfica (Wilding, 1998. Reverter-Bañón, 2000. Haraway, 1991) y sus múltiples ramificaciones a la esfera de lo social, que no se puede dejar en manos de la tecnología, como ente autónomo que nos vaya a salvar, pues la tecnología son investigaciones, más o menos particularizadas, llevadas a cabo por gente.

El género *cyborg* es el fin de la reproducción, para pasar a la regeneración. El género no vendrá impuesto como herencia natural, ya no dictará la biografía ni será metáfora de vida. El género *cyborg* diluye el sexo en la complejidad fluida de las redes y deja de ser la identidad de referencia, la explicación totalitaria de la vida: el género *cyborg* trasciende la unilinealidad de la escuela hacia su camino de redención, porque la escuela coeducativa surge por oposición a la segregada y a la mixta, pero su raíz no sólo adolece de la dualidad propia de la esencia patriarcal, sino que se define por la oposición entre las esferas masculina y femenina, universalizándose la primera en el feminismo de la igualdad o apostando por el ginocentrismo en el caso del feminismo de la diferencia.

La patriarcalización y masculinización imperante en un espacio contemporáneo y futuro como la red evidencia para las ciberfeministas que la intromisión y generalización en las aulas de las tecnologías digitales, contribuye a perpetuar la “natural” dominación masculina, la “cultura de los géneros” como la definiría Engels<sup>8</sup>, por lo que concebimos una nueva dimensión de la lucha feminista en las aulas: la que emana de un ejercicio de reflexión y análisis no sólo de los contenidos a los que tiene acceso el alumnado sino de la red en sí, de su naturaleza sexuada, genérica, del ejercicio de empoderamiento que transita y vehiculiza el espacio virtual. Las ciberfeministas presuponen, en esencia, que la sociedad necesita ser tutelada en el camino hacia la eliminación de los postulados patriarcales, en el camino hacia la regeneración, la disolución del sexo, pero no elaboran propuestas metodológicas, didácticas, pedagógicas que permitan abordar este cambio desde los orígenes, a través de una educación asexuada, agénica.

Judith Butler, representante de la teoría “Queer”, afirma, sin embargo, que ya estamos en condiciones de concebir un nuevo sujeto, ni masculino ni femenino, hecho de multiplicidades y combinaciones ilimitadas entre las características sexuales,

---

<sup>8</sup> Federico Engels define esta “Cultura de géneros” como la primera expresión de clasismo social y de la lucha de clases.

reproductivas, culturales, funcionales y de relación que supone la herencia de adscripción genérica y sexual; tanto la sexualidad como el género son construcciones sociales y culturales utilizadas como tecnologías del poder. Así, cada individuo e individuo mostrará una definición personal no encuadrable en ninguna categoría. Julia Sebastián, que dirigió un estudio en la Universidad Autónoma de Madrid concluyó que no se puede hablar de género como clasificador colectivo, porque hay tantos géneros como individuos, es decir, ninguno, pero ¿es posible trascender los límites que nos impone nuestro bagaje cultural? ¿Podemos reflexionar en torno al sexo y el género fuera de nuestro cuerpo y nuestra mente sexuados, genéricamente determinados? ¿Cuanto del patriarcado sobrevive en nosotros? Los docentes no podemos dejar de enseñar lo que somos desde nuestra mentalidad y nuestro sistema de identidad y relaciones sociales y las propuestas coeducativas en vigor siguen partiendo del reconocimiento de dos modelos culturales, apostando por la igualdad, la integración y la revisión de los roles sociales pero no cuestionan la dualidad, la polaridad. La escuela, en definitiva, por acción u omisión continua reproduce los estereotipos masculino y femenino y las jerarquías sociales y culturales.

Se trata, hasta el momento, de la propuesta más radical en tanto que supera las categorías de lo masculino y femenino de una sociedad pensada y vivida desde la imposición de las prácticas heterosexuales y los modelos masculino y femenino que se derivan de la misma: una propuesta que pretende superar la dimensión espacial y temporal de la especie humana hacia postulados aculturales que sólo podrían infinitarse en el ciberespacio. Los futuros cyborgs, nacidos de la informática de la dominación, son la esperanza contra la misma: el hijo que devore al padre, en un paradigma a-cronológico, arranque de un nuevo tiempo. Y no podemos confiar en que los males antropocéntricos se arreglarán con las nuevas tecnologías, sólo porque éstas sean supuestamente femeninas, surgidas de la urdimbre de los telares, cuando la lanzadera es manejada con valores de género, siguiendo con la metáfora. Es evidente que las tecnologías llevan el peso de las ideas de aquellos que las soñaron.

### **Bibliografía**

- AMORÓS, C. (2006). *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias*. Cátedra. Madrid.
- BALLARÍN DOMINGO, P. (2006): “Modelos educativos: coeducar/segregar”, en *Feminae*. Universidad de Granada. Granada.
- BOURDIEU, P. (2000): *La dominación masculina*. Anagrama. Barcelona.
- BRAIDOTTI, R. (1996): *Cyberfeminism with a Difference*, en <http://www.let.uu.nl/~Rosi.Braidotti/personal/>.
- BUTLER, J. (2001): *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós. México.
- (2006): *Deshacer el género*. Paidós. Barcelona.
- COBO, R. (1995): *Los fundamentos del patriarcado moderno. J-J.Rousseau*. Madrid. Cátedra Feminismos.
- DA RIMINI, F. (1991): *Cyberfeminist Manifesto for the 21st Century*, en <http://lx.sysx.org/vnsmatrix.html>.
- (1996): *Bitch Mutant Manifesto*, en <http://lx.sysx.org/vnsmatrix.html>.
- DAWKINS, R. (1990): *The Selfish Gene*. Oxford University Press. Oxford.
- DE BEAUVOIR, S. (2000): *El Segundo sexo*. Cátedra Feminismos. Madrid.
- DEMENT, L. (1995): *Cyberflesh Girlsmonster*, en <http://www.lindadement.com/>
- ENGELS, F. (1992): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Planeta-Agostini. Barcelona.

- GALLOWAY, Alex, 1998, *A Report on Cyberfeminism. Sadie Plant relative to VNS Matrix*, en <http://switch.sjsu.edu/web/v4n1/alex.html>
- GRUBINGER, E. (1995): *Netzbikini*, en <http://www.thing.at/netzbikini/> (07/01/98)
- HARAWAY, D. (1984): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- HARDING, S. (1996): *Ciencia y feminismo*. Morata. Madrid.
- HAWTHORNE, S. y KLEIN, R. (1999): *CyberFeminism: Connectivity, Critique and Creativity*: Spinifex Press.Melburne.
- KRIPTOPOLOIS (2001): *Definiendo al ciberfeminismo*, en <http://www.creatividadfeminista.org/>
- KUNI, V. (1998): *The Future is Femail. Some Thoughts on the Aesthetics and Politics of Cyberfeminism*, en <http://www.obn.org/>.
- LIBRERIA DE MUJERES DE MILÁN (1996): *El final del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad*.
- MANN, S. y NIEDZVIECKI, H. (2002): *Cyborg: Digital Destiny and Human Possibility in the Age of the Wearable Computer*. Anchor Canada. Toronto.
- MARINA, J. A. (2002): *El rompecabezas de la sexualidad*. Anagrama. Barcelona.
- MILL, J. S y TAYLOR, M. (2001): *Ensayos sobre la igualdad sexual*. Cátedra feminismos. Madrid.
- OBN (1997): *100 anti-thesis cyberfeminism is not...*, en <http://www.obn.org/>.
- PATERSON, N. (1998): *Stock Market Skirt and new directions*, en <http://www.vacuumwoman.com/>.
- PLANT, S. (1997): *Ceros + Unos. Mujeres digitales + la nueva tecnocultura*. Destino. Barcelona.
- REVERTER-BAÑÓN, S. (2000): *Ciberfeminismo: entre la (u)topía y la (dis)topía*, en <http://www.creatividadfeminista.org/>
- TUBERT, S. (2003): *Del sexo al género*. Feminismos. Valencia.
- TURKLE, S. (1997): *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Piados. Barcelona.
- VEGA NAVARRO, A. (2007) (coord): *Mujer y educación. Una perspectiva de género*. Aljibe. Málaga.
- WILDING, F. (1998): *Where is Feminism in Cyberfeminism?*, en <http://www.obn.org/>.
- WILDING, Faith & CAE (1998): *Notes on the Political Condition of Cyberfeminism*, en <http://www.obn.org/>.

